

BELLAS ARTES

ENCABEZA este número un tipo de *chula* de Ricardo Brugada, uno de los artistas que mejor interpretan la gracia mujeril.

La cabeza en cuestión es un bonito estudio, donde el pintor ha tenido ocasión de lucirse al modelar las suaves tintas del rostro y al pintar con vigorosos toques el pañuelo de seda.

El lindo cuadro *La medallica*, que ocupa la doble página central, lleva la firma de Juan José Gárate, un aragonés que, como á tal, conoce á fondo las costumbres de su tierra.

En efecto, sería difícil á otro cualquiera penetrar en la médula del espíritu baturro que resplandece en este delicioso cuadro, de no haber crecido á orillas del Ebro y bajo la sombra de las cúpulas del Pilar. La escena es completamente aragonesa, en su concepción y en su forma, en sus tipos y en sus detalles. Todo respira aquella bondadosa travesura del *maño*, que ha dado motivo á tantas leyendas y chascarrillos.

Gárate, sin embargo, no es sólo un buen observador de las costumbres; es al propio tiempo un artista que posee medios mecánicos de ex-

presar con corrección sus ideas; y esto se ve en este cuadro que publicamos, de composición agradable, dibujado con envidiable justeza y pintado con una pulcritud que recuerda las miniaturadas obras de la escuela fortuniana, cuyos secuaces van desapareciendo al soplo de los nuevos ideales artísticos.

No importa; cuando la gracia y la realidad se sobreponen, no hay moda que valga, el arte es de todos los tiempos, lo que sucede con *La medallica*, de Gárate, de perenne actualidad.

Cierra este número la bella ilustración del poema *Amor*, (canto tercer) de Salvador Carrera, que presta nueva ocasión á Gaspar Camps para lucir su inagotable vena decorativa. En una hermosa mujer simboliza el amor en la plenitud de su potencia avasalladora; el amor juvenil y ardiente, que determina la unión legal de dos seres para la continuación de la especie. Al simbolismo contribuyen otros atributos, que Camps dispone en forma ornamental con el buen gusto de siempre.

FRANCISCO CASANOVAS

PACO MASRIERA ⁽¹⁾

CON la misma facilidad con que la onda borra las líneas trazadas sobre la arena de la playa, borra Dios una vida en el libro de los destinos humanos. Sólo tenemos la certeza de la vida, en el momento que pasa, en el *ahora* fugaz que apenas tiene límites por su pequeñez. Todo lo demás es incierto y oscuro como un enigma. El adiós de la víspera puede ser siempre la despedida para la eternidad, la expansión más plena del bienestar físico y moral, acontece que es á menudo el prólogo de la muerte; tan de cerca sigue ésta nuestros pasos, que sienta el pie en la huella que deja el nuestro. Somos unos condenados á muerte que nos paseamos, con la ilusión de que estamos libres, arriba y abajo de esa capilla que llamamos mundo, que han adornado para nuestro solaz con campos llenos de sol, montañas cubiertas de verdor, ciudades con su arte y su frenesí, y que estamos siempre en peligro de dejar, sin apelación, cuando desde la puerta de nuestra cárcel el juez pregona nuestro nombre para subir á la fatal carreta.

Siempre que muere uno de nuestros amigos á quien no había alcanzado todavía la vejez, se me renueva esa visión de la muerte, y todo ese afán y pretender con que los hombres agotan sus fuerzas hasta desalentarse, se me representa como juegos de niños ambiciosos, ó tristes pantomimas de un patio de manicomio; tan quebradizo y pueril es todo aquí abajo, hasta aquello que la vanidad humana ha llamado grande y majestuoso.

Murió Miguel y Badía, con quien dos ó tres horas antes había conversado expansivamente en la puerta de su casa: al recibir la noticia, recordé el amistoso «hasta mañana», ese *mañana* en que se han de realizar proyectos, resolver asuntos ó conseguir deseos, y pensé en lo desazonado y vano que es imaginar vivir un día más de aquel en que vivimos y diferir al día siguiente la realidad de nuestras esperanzas é ilusiones. A nuestra sentencia de muerte no le falta más que el «guárdese y cúmplase» y éste se escribe tal vez en el instante en que mayor seguridad tenemos de indulto.

Ahora con la muerte de Paco Masriera me sucede algo parecido. Aunque de algún tiempo á esta parte los presentimientos de que había llegado su turno eran, entre sus amigos, insistentes y sin esperanzas, es lo cierto que la caída sorprende siempre, llevándonos de nuevo á la página fatal de nuestra ejecutoria, en cuyos considerandos se estiman todas las pequeñeces de la vida. A Masriera, artista, le conozco desde hace veinticinco años; poco después, bien ó mal, juzgaba en las letras periódicas sus obras. Al Masriera amigo, hace poco menos de dos años. Pero bastaba hablar con él un par de veces para conocerle casi á fondo, para descubrir que, aparte de las cualidades que le adornaban, carecía de un defecto que deslucía enormemente la gloria y los méritos de un artista: este defecto es la pedantería, esa deformidad de la inteligencia abierta á medias, por una cultura incompleta y trivial. Paco Masriera era, por el contrario, sincero y expansivo en sus sentimientos, generoso en sus juicios al aplicarlos á las obras de sus colegas, á los que jamás trató con rigor ni mucho menos con esa causticidad malsana, con que los impotentes hablan de sus émulos; es claro, Masriera se hallaba satis-

(1) Este hermoso artículo no tuvo cabida, con tanto sentimiento nuestro, en el número conmemorativo del difunto pintor, á quien está dedicado. Lo publicamos en el presente, previo el conocimiento de su autor para no privar de él á nuestros suscriptores.

fecho con su arte y no buscaba en la envidia el desahogo de las naturalezas improductivas.

Debo confesar que me admira y atrae mis simpatías, el artista á quien toda obra de arte le parece buena, aún la que no lo es: lo que otros tomaran por cortadía de inteligencia á mí me parece una grandeza de alma excepcional. Y Paco Masriera tenía de eso mucho; el espíritu de negación no entró en él jamás; siempre encontraba motivos para un elogio y nunca pasó ante una obra de arte, desdeñoso ó satírico; sin duda sabía cuánto cuesta crearla, aún siendo modesta, para que se la regale con una sonrisa de desprecio ó una mirada de Júpiter Olímpico.

¡El arte de Masriera...! ¡Cuidado si había sido celebrado antes de los felices tiempos de las cosas grises, de las montañas simbólicas, de los mares color de amaranto y de las democráticas telas en que danzan y se barajan esa innumera variedad de lisiados de ambos sexos, como los engendros de una pesadilla! ¡Qué no se ha dicho, con justicia, de la aristocracia de su paleta y de su pincel, de su portentosa habilidad en reproducir gasas y joyas, flores y encajes! ¡Quién no le ha dado su voto al tratarse de concederle la primacía en la interpretación de la belleza femenina? Esto es harto conocido, harto hablado de todos, para que yo deba repetirlo.

Salidas de su pincel conozco «obras de este género que compitieron con las románticas Madonas de Bouguerau; orientales desnudos de mujer, de una fresca y juventud incomparables; carnaciones, como dijo el poeta, de leche y rosas; morbideces apasionadas, quizás menos castas que opulentas. Recuerdo testas de mujer, fantasías ó retratos, de una poesía intensa y penetrante. Todo esto sin afectaciones, sin buscar la impresión por el artificio; porque esto era lo natural en Paco Masriera, era su predilección, como lo era para los pintores de la Commune la interpretación de las figuras harapientas y de las camas roñosas y llagadas por la común acción de la suciedad y de la miseria.

Y tanta era la fe que en su arte tenía, que fué de los pocos en Barcelona que lo conservó virgen, no aceptando nuevas doctrinas que le llevarán al Capitolio; con sus esclavas y odaliscas, con sus mujeres de opulentos contornos y rosada piel, envueltas en una magnificencia de velos cuajados de oro y piedras finas; con sus retratos de grandes damas y de jovencitas aristocráticas, con sus sentimentales testas alegóricas y sus composiciones de género en las que invariablemente la mujer figura como tema principal; con todo ese repertorio llegó á labrarse un nombre, y no quiso ser ingrato dando en sus lienzos un sitio á esa pintura, que aún no ha puesto en claro si las montañas vistas por tres artistas distintos, á la misma luz, son verdes, rojas ó moradas.

Esto significa que la personalidad de Masriera era brillante y sólida y que en el camino de los siglos es probable que avance más que otras muchas, de las que puede decirse que como los árboles de hojas caducas, ostentarán su esplendor mientras caliente el sol que los hizo nacer.

Que el arte de Masriera era falso. No lo discuto. Pero ¿acaso el arte nuevo no es feo?

Por consiguiente no son lógicos los que producen arte nuevo, en atacarle, si le atacan, por su arte falso, ya que así como puede haber verdad en una obra fea puede haber belleza en una obra falsa, y entre la verdad y la belleza ¿quién va á dictar sentencia?

S. TRULLOL Y PLANA

INMORTALES AMERICANAS

LASTENIA LARRIVA DE LLONA

HAY mucho de novelesco en la vida de la inspirada poetisa á quien hoy dedicamos estas líneas.

Desde su más tierna infancia sintió la graciosa limeña que la inspiración desbordaba en su mente, y sin darse cuenta expresaba sus pensamientos en versos tiernísimos, aun cuando por entonces tenían la incorrección propia de la edad y de la falta de estudios literarios.

La precoz inteligencia de la niña desarrollábase rápidamente y era de ver el afán, la consagración por la lectura, con la que puede juzgarse educaba sus especiales condiciones, ensanchándolas con pasmosa facilidad.

Y pasaron los años y la modesta joven continuaba en secreto, muy apartada de comunicárselo ni á su más íntima amiga, su fraternidad con las musas, acariciando la más hermosa de sus aspiraciones.

Pocos, muy pocos, fueron los escogidos para que participaran de las esperanzas de Lastenia y de las alegrías que la novel poetisa sentía cuando empezaron los laureles á coronar su frente.

No era ambiciosa de gloria, pero tenía tanto amor á los versos que sin pensarlo derramaba en los suyos todas las perlas, todas las filigranas de su fantasía, todas las bellezas, todos los tesoros de su corazón purísimo y de su galano entendimiento.

Dotada de un carácter vehementemente y apasionado, y de una belleza que la hacía notable en los salones, no tardó en verse pretendida por jóvenes de la sociedad más escogida, obteniendo uno de aquéllos, con el amor de la poetisa, la promesa de entregarle su mano.

Adolfo La Jara fué el electo de su corazón.

En un viaje de Montevideo al Perú, había yo conocido al joven peruano, que sobresalió después como uno de los más esforzados campeones en aquella guerra infanta y en la cual regó La Jara con su sangre los campos de Miraflores.

Allí perdió la vida, y Lastenia, loca de dolor, cambió sus juveniles galas por los negros crespones de la viudez.

Es de advertir, que una de sus hermanas perdió á la vez á su esposo, otro de los valerosos La Jara, y ambas lloraron juntas y ambas mutuamente se enjugaban el llanto y se prodigaban consuelos, si les era dable, en la ruda lucha que su desgracia y su situación imponía.

La lira de la insigne limeña tuvo sonidos de pesar supremo; sus cantos reprodujeron con suma exactitud el estado de su alma, y después de la inspiración producida por la honda pena que la aquejaba, abandonó el laúd, lo olvidó, digámoslo así, y por largo tiempo se divorció de las musas sus hermanas.

Uno de los placeres de Lastenia había sido la música y buscó en el piano el recurso eficaz para atender á las más apremiantes atenciones de la subsistencia. Precisamente el poema de su vida comenzó á dibujarse por aquel entonces.

Una mañana, la joven viuda cruzaba las calles de Lima en tranvía, cuando, al detenerse éste, subió al *coche de todos* un caballero de buen porte, de arrogante presencia y de expresiva fisonomía. Tomó asiento al lado de Lastenia, y su mirada insistente y magnética se fijó en la belleza de su vecina.

No se cruzaron palabras entre los dos, pero sí fué más que elocuente el lenguaje de los ojos, á pesar de que la gentil poetisa procuraba sobreponerse á la impresión nueva que sentía.

Al bajarse Lastenia, descendió á su vez el desconocido, y á distancia, respetuosamente, sin alardes de conquistador, la siguió hasta que al volver de una esquina perdiósele de vista.

Días después la encontró en una iglesia; sus miradas se cruzaron nuevamente, pero era ocasión de gran fiesta, y entre el gentío fué imposible seguiría.

Volvió á encontrarse en el teatro; la noche entera fué corta para que mutuamente se expresaran la simpatía que les había unido, y esto á distancia, sin frases, y sólo con la expresión que se reflejaba en los semblantes.

Feliz casualidad le dió á conocer al enamorado joven el nombre de su amada, y desde entonces su pensamiento fué acercarse á Lastenia Larriva, declarar la su pasión y hacerla su esposa.

De improviso presentóse en su casa; la habló con la voz del corazón; con el fuego y el entusiasmo propio de una imaginación vehementemente y soñadora, la hizo comprender que sus almas habíanse identificado desde su primer encuentro, que poseer su amor era el norte de todas las aspiraciones del poeta.

Supo Lastenia que eran dobles los lazos de unión entre ambos; porque Numa Pompilio Llona era el bardo originalísimo que tantas veces hablaba encantado con sus arrogantes conceptos, con sus inspiradas composiciones filosóficas.

Desde aquel día establecióse entre ellos una intimidad sencilla y purísima.

Hicieronse mutuas confidencias, y Lastenia, con la ingenuidad propia de su carácter, le franqueó las puertas de su corazón para que pudiese leer en él como en un libro. Su dignidad, sus sentimientos generosos, las leyes y consideraciones sociales, la impedían entregarse por entero á un afecto que para lo futuro la brindaba dicha cumplida; pero por el pronto prodigaba al entusiasta ecuatoriano, todas las ternezas de un lazo fraternal.

Numa Pompilio Llona sintió crecer su adoración por la limeña á medida que encontraba mayores dificultades para alcanzar la felicidad soñada.

Ya por entonces habíase reconciliado la poetisa con las abandonadas musas, y sus correctos y armoniosos versos, desbordó la inspiración que de larga fecha había huído de su mente.

La constancia, las pruebas miles del sólido cariño y el que ella misma sentía, vencieron por fin su delicada obstinación, accediendo á ser la virtuosa compañera del notable escritor.

Desde aquel instante cultivó Lastenia las letras con mayores vuelos, porque la atmósfera literaria que la rodeaba fué poderoso estímulo, y abandonando su peculiar timidez, publicó sus más notables composiciones y la novela *Un drama singular*, donde campean como lluvia de perlas los ideales de su despejado entendimiento.

Numerosísimas son las poesías que han visto la luz pública, no sólo en el Perú, sino en el Ecuador y en toda América.

Nuestra poetisa ha vivido algunos años en Guayaquil, ciudad natal de su marido, ha publicado un notabilísimo periódico literario bajo su exclusiva dirección, en él que colaboraban los más insignes literatos de todo aquel continente.

El ingenio de Lastenia Larriva de Llona toma á veces giros épicos, y su romance *Pro-Patria* no lo desdeñaría el poeta más elevado y enérgico.

La imaginación de las limeñas es vivísima y están dotadas de talento natural. Si unimos á ello el estudio, la inspiración, el sosegado reposo de una vida tranquila, embellecida con todos los encantos de un hogar feliz, con todos los halagos de hijos amantísimos y de un compañero sin par, se comprenderá que Lastenia haya tenido de día en día más brillante, más extensa y más rica inspiración.

Hay en la vida de la mujer, épocas de anonadamiento, de marasmo, de tristezas infinitas, en que el corazón plega sus alas y no desea sino aislamiento y tinieblas; días en que suben las lágrimas del corazón á los ojos, como único y supremo consuelo en las penas hondísimas.

No sé si Lastenia Larriva de Llona habrá sentido esas amarguras que agobian, que desgarran el alma, que la dejan para siempre entre sombras y duelos.

Pienso que no, pienso que afortunada desde la segunda época de su existencia, no ha tenido horizontes nebulosos, si no alegres y diáfanos, y que, en vez de zarzas y espinas, no ha encontrado en su camino si no lauros y flores con que está tejida la corona que ciñe la frente de la cantora del Rimal.

LA BARONESA DE WILSON



Dibujo de Diéguez.

ENTRADA EN MADRID DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

La guerra de África en 1859 ha sido uno de los sucesos que mayores entusiasmos han despertado en nuestra patria, y si grandes fueron los apiausos con que su declaración fué recibida, mayores fueron los vítores con que fué acogida la paz, después de las gloriosas jornadas del Serrallo, de los Castillejos, de Wad-Ras y de la toma de Tetuán por nuestros bizarros soldados.

El regreso del ejército y su entrada en Madrid, es una de esas alegrías nobles, purísimas, elevadas, que no podrán borrarse jamás de las gentes que tuvieron la dicha de presenciárselo.

El jueves 10 de Mayo de 1860, juntáronse las tropas llegadas de África en el campamento levantado en la dehesa de Amaniel, á las puertas de Madrid, en el mismo lugar en que ahora se alza el pueblo Tetuán de las Victorias, que surgió de la nada y hoy perpetúa el recuerdo de aquella gloriosa campaña; las cuales debían hacer su entrada triunfal en el siguiente día.

Al campamento acudieron los generales que habían guiado al ejército en aquellos sangrientos combates, durmiendo aquella noche en las tiendas mismas y al lado de los sufridos héroes que muchos habían compartido las fatigas de la guerra, el azote del cólera, el furor de los marroquíes, el frío, las borrascas y el hambre.

Tal fué la multitud que acudió á visitar el campamento, que llegaron á darse cincuenta duros por un viejo coche.

El viernes, al amanecer el día, el campamento vióse inundado por una

formidable masa de gente en la que se hallaban representadas todas las clases sociales.

Al tocar las bandas la diana, un clamor universal, un *viva el ejército* salió de todos los labios, grito que repercutió en el corazón de España entera, grito cuya duración no es posible señalar. ¡Tan largo fué Madrid cumpliendo como bueno victoreando á aquellos soldados, honra de la patria, en nombre de toda la nación, á la que en aquellos solemnes instantes representaba.

Luego de una ligera visita de Doña Isabel II, que se presentó en el campamento acompañada del rey consorte don Francisco, del Infante D. Sebastián, y varios generales, la tropa hizo y comió allí mismo el primer rancho.

De repente sonó un cañonazo y las tiendas se plegaron instantáneamente, y las tropas se formaron en columnas y emprendió la marcha á la capital entre aplausos atronadores que no cesaban un instante, antes bien, se repetían con mayor entusiasmo, si cabe, á medida que el ejército avanzaba. Procedían á las tropas los estudiantes con las banderas de sus respectivas facultades y los alumnos del Conservatorio, cantando el himno compuesto expresamente para esta fiesta por el maestro Hernando.

Seguía un piquete de la Guardia Civil.

Luego los heridos en carretelas descubiertas, sobre los cuales cayeron

infinidad de coronas, flores y varias palomas.

Los generales Prim, Echagüe, Latorre y Ros de Olano fueron objeto de estrepitosas aclamaciones.



Cuadro de J. Sigüenza.

Fot. de J. Laurent y C.^{sa} (Madrid).

Al aparecer el general en jefe don Leopoldo O'Donnell, cuya pericia, valor y altos dotes de mando elogiaban por igual propios y extraños, la multitud que á su paso se apiñaba para verle mejor, le hizo una verdadera ovación, que se repitió al pasar bajo el magnífico arco de triunfo que el Ayuntamiento había ordenado levantar en honor del ejército de África.

Aquel solemne momento inspiró al renombrado artista don Joaquín Sigüenza el cuadro que hoy trasladamos á nuestras columnas, cuadro lleno de verdad, en que se pueden estudiar los tipos de los principales caudillos de aquel ejército, y que valió á su autor el nombramiento de pintor de Cámara que le concedió la reina Doña Isabel II con aplauso de la crítica y del público.

Las casas particulares, aún las más modestas, lucían vistosas colgaduras, y por todas partes se veían gallardetes, banderas y cintas con los colores nacionales. En los balcones y ventanas, en los tejados y azotes de los edificios; en las aceras de las calles, sobre bancos y sillas, sobre los guardacantones ó sobre los faroles del alumbrado veíanse miles y miles de personas ansiosas de abrazar á sus parientes, saludar á sus amigos, felicitar á sus conocidos, admirar á aquellos soldados modelos de abnegación, sufrimiento y heroísmo. Se lloraba y reía á la vez.

El corneta del regimiento de Borbón, aquel niño de trece años que viéndose rodeado de moros, subido en un árbol tocó paso de ataque para ahuyentarlos y salvarse, era llevado en una silla, conducido en triunfo; hasta el perro del batallón de Baza que servía de escucha, avisaba la proximidad del enemigo y señalaba cuando algún soldado caía herido, y que al morir su

amo fué apropiado por el batallón con quien regresó, fué objeto de los mayores cariños.

En las frecuentes paradas del ejército, las gentes que rodeaban á los soldados, les ofrecían cigarrillos, flores, coronas y palmas; y de los cafés y casas particulares les obsequiaban con licores, pastas, refrescos, fiambres, vinos y frutas. Pocas veces Madrid ha realizado un hecho tan grande.

Era su deber. Madrid representaba, como hemos dicho, á España, y debía cumplir la deuda contraída con sus valerosos hijos.

Por la noche las iluminaciones fueron espléndidas, sobre todo la del Casino y la de la Casa del Ayuntamiento.

Ejército y pueblo, unidos en un solo pensamiento, el amor á la patria, fraternizaron en aquel día y los siguientes; y por donde quiera que un soldado iba, á un café, á un baile, á un teatro, veíase rodeado de gentes que se disputaban el placer de verle, de oírle, de obsequiarle.

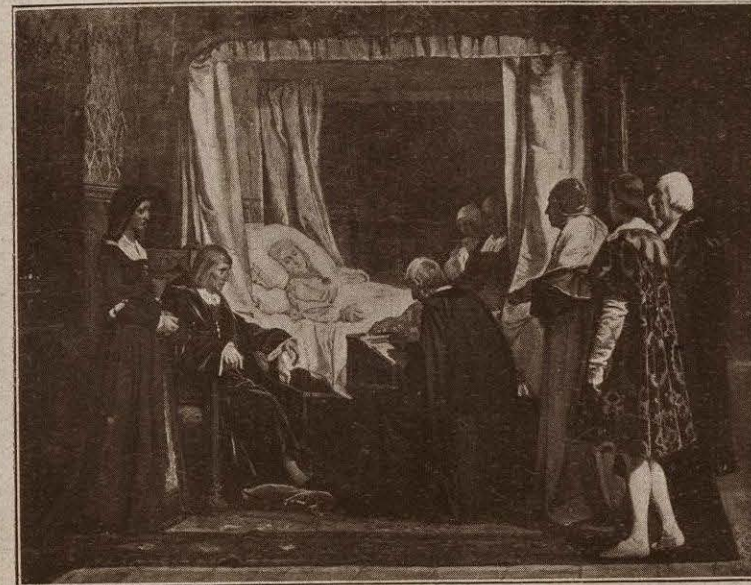
Para colmo de dichas, las noticias que se recibían del ejército de ocupación no podían ser más halagüeñas; el estado de salud de las tropas mejoraba diariamente. Los bizarros hijos de España que en África habían quedado cumpliendo sus deberes militares, merecían toda clase de alabanzas. Los obsequios que Madrid había tributado á sus hermanos de armas, les pertenecían en una buena parte. Por su pronto regreso, y por mostrarles la gratitud que merecían y el amor con que sus compatriotas se aprestaban á recibirlos, hacían los más fervientes votos los nobles hijos de la madre patria.

E. RODRIGUEZ-SOLIS

EXPOSICIONES ROSALES Y GRECO

De dos grandes pintores españoles, que el lugar del nacimiento de uno de ellos poco importa, se celebran en Madrid exposiciones de sus obras durante las fiestas reales.

De uno de ellos, de Eduardo Rosales, hijo de Madrid, se puede asegurar que sólo en Madrid puede ser conocido y juzgado, pues no falta ninguna de las obras que le dieron gloria en vida desde el primer día de su presentación hasta el día en que venció definitivamente por ser el de su muerte, desde la *Nena* á los *Evangelistas*; mientras del otro, del casi



TESTAMENTO DE ISABEL LA CATÓLICA.

Cuadro de E. ROSALES.

Existente en el Museo Nacional.

madriñeño, porque la mayor parte de su obra, la principal, no está lejos de Madrid — Toledo y el Escorial — y la secundaria en su mayor parte está en Madrid, no se encuentra ni en la Corte, ni en el Museo Nacional de pintura, ninguna de aquellas obras que hacen indiscutible el nombre del Greco, que no hay motivo para esperar, cuando tan tacaño se ha mostrado el Gobierno con estas dos Exposiciones, que los particulares, que los poseedores de las primorosas obras de uno y otro grande artista que están fuera de Madrid, vayan á la capital por unos días. Por esto han de ser forzosamente las dos Exposiciones muy desiguales, pero aún así entrambas serán muy curiosas, pues si para Rosales hay posibilidad de juntar enteramente su obra, para el Greco también hay posibilidad de juntar todo lo secundario que no es poco, y que será de mucho estudio, si cuantos poseen Grecos en Madrid los envían á la Exposición, porque en lo secundario del Greco, hasta en lo que ha llegado á conservarse de entre lo malo y de lo abocetado, hay siempre tan geniales rasgos de su genio artístico, que no sin fundamento se ha opinado y se opina que pudo tener en los últimos tiempos de su Domenikos Theotocopoulos perturbadas sus facultades mentales.

De uno y otro, de Rosales y del Greco puede aún continuarse el paralelo diciendo que ni sus contemporáneos ni la posteridad les hicieron, ni les han hecho toda la justicia que se merecen, porque uno y otro chocaron con sus contemporáneos, así de uno y otro puede decirse y se ha dicho que cambiaron de estilo; Rosales para que no se le dijera que pintaba con la paleta de los museos, el Greco para que no le persiguieran diciéndole que pintaba con la paleta de Ticiano, y lo chocante es, que mientras unos censuraban el nuevo estilo de Rosales, el estilo de la *Muerte de Lucrecia*, y le pedían que volviera al estilo del *Testamento de Isabel la Católica*; hoy del Greco, los que censuran su segundo estilo lamentan que no continuara fiel á su estilo ticianesco, mientras que los que deploran no continuara fiel al estilo del *Expolio* deploran que pintara la gloria del *Conde Orgaz*, el *S. Mauricio* del Escorial, los cuadros de la *Vida del Cristo* que están en el Museo de pintura ó sea en la Exposición. ¿Y por qué es esto chocante? porque lo que se reprende, lo que se repudió en Rosales y en el Greco, es el pintar claro y franco, el abandono de la tornasolada paleta de los venecianos que con tanta fortuna empleó Rosales en el *Testamento de Isabel la Católica* y el Greco en la *Asunción* de S. Domingo el Antiguo, hoy en Aranjuez, en el *Expolio* y en otra grande, admirable obra, en la *Anunciación*, que se encuentra... en donde sabe don Manuel Arroyo, secretario de la escuela de Bellas Artes de Madrid.

Lejos estamos de querer establecer comparación entre Rosales y el Greco, ni de hacer paralelismo alguno entre los dos grandes pintores, por más que haya puntos de relación en la historia de su desenvolvimiento artístico con relación á su tiempo y personalidad; con lo dicho hemos querido sólo llamar la atención sobre dos hombres que supieron ser lo que es más difícil de ser en este mundo, dos independientes, si mismos, como dirían los alemanes.

Avana fué la fortuna con Eduardo Rosales, persiguió la miseria y de las privaciones que pasó en su juventud no se repuso su naturaleza cuando le sonrió tal vez en plena juventud, maltratado por la muerte, que se lo llevó á los 26 años, en Roma el día 13 de Septiem-

bre de 1873, y en esto sí que no se parece al Greco, que de privaciones no pasaría tantas, y en caso que las pasara iguales, gozó largos años de felicidad y vida larga, pues de 67 ó 77 años murió en 1614.

Ni uno ni otro se parecen tampoco en los elogios fúnebres que se les tributaron al dejar de ser ya para otros obstáculos que vencer en la vida, única ocasión en que la alma humana demuestra ser buena en el fondo, hermosa protesta de su encadenamiento por las miserias de la vida que le hacen parecer y aún ser lo que no es, pues mientras le faltaron á Rosales los elogios de los amigos y de la literatura, al Greco, sus dos grandes amigos, Luis Góngora y Fray Hortensio Félix Paravicino y Artega, los dos literatos más influyentes en su tiempo, *divinamente* dijeron de su memoria, y por cierto que es de notar que por haberse olvidado lo que Paravicino escribió al morir el Greco, han venido griegos y alemanes á descubrirlo, pues así el rector de la Universidad de Atenas Bikelas, como el profesor de la Universidad de Bonn, don Carlos Justi, han creído ser los que averiguaron que fué Cretense Domenico Theotocopoulos, cuando esto mismo escribió Paravicino en 1614, como es de ver en el siguiente soneto:

Del Griego aquí lo que encerrarse pudo
yaze, piedad lo esconde, fee lo sella,
blandito le oprime, blando mientras huella
zañr, la parte que le hurto del nudo.
Su fama el orbe no reserva mudo,
humano clima, bien que a obscurecella;
se arma una embidia, y otra tanta estrella,
nieblas no atiende de horizonte rudo.
Obro a siglo mayor, mayor Apeles,
no el aplauso venal, y en estrañez
admiraran, no imitaran edades.
Creta le dió la vida y los pinceles,
Toledo mejor patria donde empieza
a lograr en la muerte eternidades.

Y no es que Rosales como el Greco no empleara su pincel en inmortalizar á sus contemporáneos, que muy celebrados fueron del primero sus retratos, entre otros, del *duque de Fernán Núñez*, de *don Cándido Nocedal*, *don Antonio de los Ríos y Rosas*, *don Manuel Cortina*, etc., pero es que no encuentra un agradecido, pues yo no recuerdo sino á Fernández Flores lamentando su muerte en la *Ilustración Española y Americana* por cierto no á raíz de su fallecimiento, sino bastante después, como si dijéramos, en un artículo dedicado por la *Ilustración* á cumplir con el gran muerto.

Después, sí, después se ha hablado con elogio de Rosales, y gracias á una nota biográfica que se circuló con el catálogo de sus cuadros en venta, expuestos en la Platería Martínez, meses después de su muerte, podemos hoy sin dificultad seguir su carrera, pues dicha nota se recogió por Osorio en su *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, y por los autores del *Diccionario enciclopédico hispano-americano*; pero un estudio serio sobre la obra de Rosales no se ha hecho y... probablemente no se hará, no porque no haya quien lo haga, sino porque luego de hecho no se encuentra quien lo imprima, de modo que como para otros ar-



PRESENTACIÓN DE D. JUAN DE AUSTRIA AL EMPERADOR CARLOS V, EN YUSTE
Cuadro de E. ROSALES. Fotogs. de J. Laurent y C.^{sa} (Madrid).

tistas españoles será necesario que vengan á decirnos el gran artista que perdimos en la flor de su edad, los mismos maestros ó sus compatriotas que ya nos contaron quien fué Velázquez, quien fué Goya y quien fué el Greco.

En este artículo que no tiene otras pretensiones ú otra finalidad que llamar la atención sobre las exposiciones de Rosales y del Greco, no hemos de entrar en honduras: en algunas nos metían en la *Revista de la Asociación Artística Arqueológica Barcelonesa* y en *Hispania* respecto del